

La moneda, símbolo de poder

El dinero es una metáfora de prosperidad y poder cuando abunda, o es lo contrario si escasea. Este poderoso simbolismo resulta de que creemos en el dinero, confiamos en él, buscamos de forma consciente lograr hacernos de la mayor cantidad posible porque tenemos fe en su capacidad de compra.

Pero el papel moneda que atesoramos con tanto afán no guarda, en realidad, ningún valor intrínseco; apenas es un documento que corrobora un compromiso de pago asumido por alguien (para el caso de los salvadoreños, el Gobierno de los Estados Unidos por medio de su Reserva Federal) de entregar cierto valor (en especie o en dinero, que corresponde con la denominación del billete). Lo significativo de esta revelación es que, detrás de ella, hay un hecho social importante: la confianza que tenemos en este papel –que, en realidad, vale muy poco o nada– se impone por la coerción o se gana con la actuación. Es decir, nos obligan por medio del ejercicio del poder –varios tipo de poderes pueden entrar en juego– a tener confianza o creer en el dinero que utilizamos; o tenemos confianza, creemos en él debido a que las personas o instituciones que avalan su valor y su validez nos resultan honorables, éticos, prudentes, en todo caso confiables y, por lo mismo, seguros.

El dólar de los Estados Unidos de América: ¿una historia de poder o de confianza?

La historia reciente nos demuestra que la confianza que tenemos en el dólar de los Estados Unidos de América se impone por la fuerza, tanto en nuestro país, como en el concierto de las naciones. En nuestro país, por medio del expido inconsulto y arbitrario del decreto legislativo número 201, del 30 de noviembre de 2000, publicado en el D. O. n.º 241, tomo 349, del 22 de diciembre de 2000. Tan impuesta y sorpresiva fue esta ley que el presidente de la República en aquel entonces, Francisco Flores, se vanaglorió de lo secreto de su elaboración y de la rapidez con que fue aprobada la iniciativa de ley que llegó a la Asamblea Legislativa.

Como escribió el padre Francisco Javier Ibisate, bien podríamos escribir una narración y decir: “Y después vino la dolarización”. Y todas las personas que vivimos en El Salvador pasamos de utilizar como moneda, el colón, que además contenía en sí misma un valor simbólico identitario, a otra, el dólar de los EE. UU., cuyo simbolismo expresa, más bien, la capacidad de intervención y poderío del país en el que se emite. En cada transacción en la que intercambiamos dólares, aceptamos el poder del mismo, al mismo

tiempo que contribuimos al poder que Estados Unidos tiene en el mundo. El Estado de El Salvador, que debe estar al servicio de todos, ejerce sobre nosotros coerción para que utilicemos una moneda ajena a nuestros intereses como ciudadanos y ciudadanas.

Como en cualquier acción de política pública, hay perdedores y ganadores; lo que queda claro es que el sector financiero es uno de los principales ganadores, sector altamente transnacionalizado. Entre la población, algunos defienden que el cambio de moneda ha resultado neutro para el país, es decir, no estamos ni mejor ni peor que antes de la dolarización; otros opinan que dolarizar ha significado costos objetivados, sobre todo, en un menor crecimiento de la economía.

La herencia de los economistas clásicos británicos llevó a Keynes a proponer que los diferentes países deberían poder alterar sus tipos de cambio y aplicar restricciones cambiarias (devaluar o revaluar sus monedas) con el objetivo de lograr el pleno empleo en sus países.

La historia de la imposición del dólar estadounidense como moneda de referencia mundial, en la cual se llevan a cabo la mayoría de las transacciones comerciales internacionales, inicia en la década de los años cuarenta del siglo pasado, cuando la guerra, la destrucción humana y material, los gastos y la pérdida de producción para el bienestar de la humanidad llevaron a la quiebra técnica a varios países europeos. Además del genocidio y la barbarie que conducen a la desconfianza en la humanidad, la Segunda Guerra Mundial significó establecer las bases

de la hegemonía y del dominio de Estados Unidos y de su moneda nacional.

En medio de dicha guerra, durante el año de 1942, Gran Bretaña y Estados Unidos, su aliado y posterior gran vencedor de la guerra, firmaron un acuerdo de ayuda mutua mediante el cual Gran Bretaña se comprometía a restablecer la convertibilidad de la libra para operaciones en la cuenta corriente de la balanza de pagos, así como a no discriminar en el comercio. Para entender lo anterior, recordemos que los gastos de guerra significaron para el Gobierno de su majestad una carga muy superior a la que las finanzas públicas podían soportar; la solución obvia, en aquel entonces, fue restringir lo más posible las salidas de dinero de la isla y, entre otras cosas, restringir las importaciones, es decir, el comercio, algo no tan bueno para Estados Unidos, una nación involucrada en la guerra, pero con una gran vitalidad exportadora.

Estados Unidos, por su parte, promete conceder ayuda financiera en términos favorables y respetar la prioridad del Gobierno británico de apoyar el pleno empleo. Estados Unidos y Gran Bretaña se convierten en el principal aliado y apoyo el uno del otro. Para convenir en un acuerdo, fue necesario trabajar en la propuesta económica base del mismo. Por parte de Gran Bretaña, se designó a John Maynard Keynes, hoy mundialmente conocido por sus teorías económicas que promueven una fuerte intervención del Gobierno en la economía, sobre todo en tiempos de crisis. Por parte de Estados Unidos, fue Harry Dexter White, en esa época economista del Tesoro.

Al acercarse el fin de la Segunda Guerra Mundial, ambos economistas trabajaron en lo que sería la institucionalidad financiera internacional que salvaguardara la estabilidad mundial: el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM); cada uno trabajó por su lado en una propuesta propia. Dos economistas de dos países distintos: una potencia emergente y una decadente; dos pensamientos distintos; dos objetivos diferentes: el pleno empleo y el mercado interno (la principal obra de Keynes, que todo economista estudia, es *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*); las exportaciones como motor de crecimiento, y una moneda de referencia mundial; en resumen, dos propuestas disímiles y, en algunos puntos, opuestas.

La herencia de los economistas clásicos británicos llevó a Keynes a proponer que los diferentes países deberían poder alterar sus tipos de cambio y aplicar restricciones cambiarias (devaluar o revaluar sus monedas) con el objetivo de lograr el pleno empleo en sus países. Es decir, que Keynes propuso permitir a los países alterar sus tipos de cambio y aplicar restricciones cambiarias para conciliar el logro del pleno empleo con una balanza de pagos (BP) equilibrada. Propuso además una Asociación Internacional de Compensación que preveía una extensa financiación de la balanza de pagos y una significativa flexibilidad del tipo de cambio. Esta propuesta implicaba que los países superavitarios en su BP estarían obligados a financiar a los países deficitarios. Estados Unidos fue el país superavitario por excelencia, desde esa época hasta finales del siglo pasado, razón por la cual Keynes propuso una obligación para dicho país de US\$ 23 000 millones.

se exigió a los países declarar la paridad de su moneda en oro o en una moneda convertible en oro

Por su parte, el moderno e impetuoso White proponía una BP sin controles, para no entorpecer el libre flujo de capitales y de dinero proveniente del comercio internacional, además de monedas con tipo de cambio fijo supervisadas por una institución internacional con poder de vetar alteraciones en las paridades de los tipos de cambio, y así evitar importar desempleo. Como era de esperarse, Estados Unidos se opone férreamente a la compensación de pago propuesta por Keynes, al mismo tiempo que propone una obligación máxima para Estados Unidos de US\$2000 millones y un límite para los derechos especiales de giro de US\$5000 millones.

Las potencias se sientan a negociar para crear el FMI, en cuya carta de constitución se establece una obligación máxima para Estados Unidos de US\$8800 millones, tipos de cambio fijos pero ajustables, libre comercio con posibilidad de control en caso de necesidad razonada de un país, algunos controles de capital, y lo más importante en esta historia: se exigió a los países declarar la paridad de su moneda en oro o en una moneda convertible en oro; la única en ese momento confiable era el dólar de los Estados Unidos de América con una convertibilidad de 35 dólares por onza troy; también, mantener los tipos de cambio en una franja de más o menos 1% con relación al dólar. Un cambio en la paridad mayor a este 1% necesitaba el 75% de los votos de los países que conforman el patrimonio del FMI. Estados Unidos resultó ser el país con mayor cantidad de votos y con poder de

veto. Otros artículos ordenaban a los países reducir, en un máximo de cinco años, las restricciones monetarias que obstaculizaran el comercio internacional, como las que tenía Gran Bretaña. También, les prohibían restringir los pagos por cuenta corriente sin la aprobación del FMI. Aquellos países con una condición de “moneda escasa”, término acuñado por Gran Bretaña, podían establecer controles a las importaciones procedentes de países con persistente superávit, como por ejemplo Estado Unidos, pero por un tiempo no mayor a cinco años, luego de los cuales serían asesorados por el FMI sobre las medidas de política económica que llevar a cabo para su eliminación; de lo contrario, serían invitados a abandonar el FMI.

Así, el 1 de julio de 1944, a los pies de la cordillera cuyas cumbres recuerdan los nombres de presidentes de los Estados Unidos, en una pequeña ciudad turística llamada Bretton Woods, Estados Unidos demostró la magnitud del poder consolidado durante la Segunda Guerra Mundial e impuso su dólar como moneda de referencia mundial. Su supremacía quedó patente desde la elección del lugar en que se llevó a cabo la reunión de países, hasta en las cláusulas de constitución del FMI. En 1946, dos años después de esta reunión, Keynes muere en la ciudad de Sussex.

Estados Unidos interiorizó que la guerra era una forma de consolidar poder e imponerse, pero en Vietnam las cosas no salieron como lo esperaba, y este sistema de Bretton Woods quebró, debido a las altas exigencias financieras para Estados Unidos. Finalmente, en 1971 abandonó la paridad de su moneda con respecto al oro.

La historia de la quiebra del sistema también nos patentiza cómo se impone el poder, pues, a pesar de todo, el dólar continuó siendo, al igual que hoy, la moneda de referencia mundial. Cuando las presiones internacionales por una devaluación de esa moneda fueron altas, Estados Unidos estableció controles a la salida de capitales y recargos a las importaciones, medidas a las que se opuso con tanto ahínco durante las negociaciones para la constitución del FMI. Incluso fue más allá, pues el presidente Eisenhower prohibió a los estadounidenses mantener oro en el extranjero. Por su parte, J.F. Kennedy prohibió que los ciudadanos estadounidenses coleccionaran monedas de oro, apuntaló una agresiva política comercial desde sus embajadas en todo el mundo, simplificó los trámites para la entrada de turistas al país, el Tesoro emitió bonos en moneda extranjera y la Reserva Federal (FED por sus siglas en inglés) intervino en el mercado a plazos para tratar de mantener el valor del dólar.

Tanto Kennedy como luego Johnson utilizaron una gran variedad de recursos para controlar los problemas de la balanza de pagos, aunque las causas eran internas. A nadie en la Casa Blanca ni en otra institución de gobierno se le pasó por la mente la idea de que el dólar dejara de ser la moneda de referencia mundial, aunque su credibilidad estaba seriamente en duda; nadie quería mantener dólares en sus cuentas. El arma con la que Estados Unidos se impuso fue la amenaza de interrumpir todo el comercio y todo el sistema monetario mundial. Para no hacer caer la economía mundial,

Estados Unidos exigió al mundo que los Gobiernos a través de sus Bancos Centrales apoyaran el dólar y que, además, promovieran la compra de los bienes y servicios manufacturados en Estados Unidos.

Los países aceptaron apoyar esta moneda porque era el eje del sistema creado en Bretton Woods, y no existía consenso sobre cómo debía reformarse y sustituirse el sistema. Pero a los inversionistas privados cuyo único interés era el lucro personal no les importaba que el sistema financiero cayera, así que huían del dólar hacia el marco alemán, el franco suizo, el yen y las monedas del Benelux. Estados Unidos se dio cuenta de que tenía la sartén por el mango y, lejos de atacar las causas estructurales de sus problemas monetarios, continuó estableciendo restricciones cambiarias insostenibles y logrando, al mismo tiempo, que parte de los costos los asumieran otros países desarrollados. Pero en 1973, los países de la Comisión Económica Europea (CEE) y Japón dejan de apoyar a Estados Unidos y el sistema de Bretton Woods se quiebra.

Hubo que enmendar el convenio original del FMI; para ello, se encargó el análisis y las propuestas a las cinco economías más industrializadas del mundo: Estados Unidos, Japón, Francia, Alemania y Gran Bretaña. De nuevo, dos propuestas encontradas: la francesa y la estadounidense. La francesa proponía tipos de cambio fijos y un sistema que impidiera vivir, a los países con monedas de reserva mundial (Estados Unidos principalmente), por encima de sus posibilidades. Estados Unidos propuso considerar la posibilidad de estabilizar el dólar si la banda era lo suficientemente amplia para tener libertad de llevar a cabo su política económica, y si se establecían indicadores de cumplimiento obligatorio que exigiera reevaluar a los países con superávit o, en caso contrario, asumir parte de la carga de ajustes. Es decir, seguir apoyando a Estados Unidos como antes de la quiebra en 1973. Finalmente, el 1978 se da la segunda enmienda, la cual legalizaba la fluctuación que favorecía a Estados Unidos, al mismo tiempo que autorizaba al FMI para supervisar a sus miembros y el acuerdo implícito de un gobierno del Fondo por parte de un europeo.

Resultó que el FMI no ejerció su papel de contralor sobre los países grandes, solo sobre los pequeños. A los países industrializados, no les interesaba un foro en el que un grupo de países pequeños pudiera tener algo que decir sobre sus decisiones *soberanas*. Incluso en la actualidad se sigue el debate sobre las *necesarias y urgentes* reformas al FMI, pero todavía no suceden. Ni el Fondo ni el BM ni las clasificadoras de riesgo tratan y califican con los mismos parámetros a los Gobiernos y monedas de los países *más desarrollados* en relación con las exigencias para los países más débiles; como ejemplo actual: Grecia y Estados Unidos.

El dólar debería ser considerado un dinero que nadie, en su sano juicio, quisiera acumular en demasiada cantidad; antes bien, haría todo lo posible por deshacerse de él, como lo explica la ley de Gresham.

En realidad, desde la década de los años sesenta del siglo pasado, el dólar debería ser considerado un dinero que nadie, en su sano juicio, quisiera acumular en demasiada cantidad; antes bien, haría todo lo posible por deshacerse de él, como lo explica la ley de Gresham.

Esta historia nos evidencia que la confianza en el dinero que utilizamos en nuestras transacciones diarias proviene más de la utilización del poder para imponernos su uso, y menos, mucho menos, de la genuina confianza que podamos tener en ella debido a que la institución que la emite es honorable y proba. El dólar estadounidense se convierte así en el símbolo de la hegemonía y del poder de Estados Unidos, pues a pesar de que desde 1971 carece de respaldo en oro y de que en la actualidad, dada la situación de las cuentas fiscales y macroeconómicas de Estados Unidos, es una moneda que legal y explícitamente advierte que su promesa de pago no puede cumplirse, continúa siendo la moneda de reserva internacional.

El dólar de los Estados Unidos de América se configura como una utopía en su acepción de irrealizable, pues lo que indica la literalidad impresa en las monedas y billetes que le corresponden es una promesa que no puede cumplirse. Solo mientras quienes tenemos en nuestro poder estos billetes y monedas no reclamemos al Gobierno de los Estados Unidos que nos entregue su valor en oro y otro metal precioso, su poder de compra y de moneda de referencias se mantiene. Solo mientras la utopía permanezca en el horizonte y jamás sea vista como meta por concretarse puede funcionar la maquinaria de la prosperidad norteamericana cuya base es el dólar, lo cual parece ser lo que más se acerca a la realidad.

Dentro de las fronteras de El Salvador, la fantasía se agudiza, pues la utopía pende, además, de la voluntad de otros salvadoreños que viven fuera. La confianza que podamos tener en el poder de pago de nuestra economía depende de la cantidad de dólares que ingresen al país: en la medida en que entren más, seremos más confiables; en la medida en que entren menos, seremos menos confiables. Procede, al menos, interrogarnos sobre qué otras posibilidades tenemos para mostrarnos probos y honorables o, al menos, confiables (de pagar), pues por la fuerza no vamos a lograr generar confianza en el concierto de naciones.

Pensar, imaginar nuevas metáforas y nuevas realidades es una facultad y un derecho de cada una de las personas que poblamos este mundo. Puede ser que exista una sociedad sin dinero centrada en el trabajo, una civilización de la pobreza o del trabajo como la esbozó Ignacio Ellacuría; creemos la narrativa, hagamos el mundo. El dinero es apenas una invención humana.